

FACILITACIÓN Y TRANSFEMINISMO

Júlia Vilageliu Casanellas, Abril 2018

INTRODUCCIÓN

Quiero empezar honrando a todas las personas que lucharon a lo largo de la historia y a las que hoy día luchan desde las esferas más desprivilegiadas, a las minorías que hacen frente al impacto devastador de la máquina heteropatriarcal que estigmatiza y apunta sin pudor a toda persona que se salga de la norma. Todas ellas han dejado un rastro de experiencias a partir del cual se ha ido forjando el movimiento transfeminista que hoy día existe y del cual me siento parte.

Me costó enormemente elegir el tema de este trabajo teórico porque tenía muchas ideas abiertas sobre temáticas muy diferentes y todas ellas me interesaban profundamente. Finalmente me decanté por indagar sobre algunas cuestiones de género dentro de la facilitación, empujada por las ganas de explorar más sobre algunas preguntas para mí fundamentales y por la necesidad de clarificar mi posicionamiento ante ellas.

Entiendo el transfeminismo como el motor de la transformación social, como la base que sostiene y da sentido a un movimiento de creación colectiva hacia una realidad compartida más justa. Para mí, es como un paraguas bajo el cual existen una gran diversidad de maneras de

vivir y de estar en el mundo compartiendo un mismo código de valores. En definitiva, sitúo el transfeminismo en el centro de mi sistema de creencias e intento vivirlo y aplicarlo de la forma más coherente posible en mi día a día.

De la misma manera, doy también un lugar muy importante a toda la sabiduría colectiva que se ha desarrollado desde el ámbito de la facilitación ya que, desde que empecé la formación, he experimentado un proceso de conflicto cognitivo personal y transformación permanente muy enriquecedor. Me he permitido revisar desde otro lugar algunas creencias que tenía muy asentadas y creo que esto me ha proporcionado una mayor apertura de análisis. A día de hoy, utilizo a menudo lo aprendido en mis procesos de autoregulación interna, en mis relaciones personales y en las actividades políticas colectivas de mi cotidiano.

Por lo tanto, transfeminismo y facilitación son dos ejes muy importantes para el sostén de mi vida. Se podrían dibujar como dos líneas que avanzan en paralelo, que a veces se fusionan en una y, otras veces, por contradicciones e incompatibilidades, se alejan de repente.

Así pues, he escrito este trabajo tanto para descifrar los puntos de choque que puede haber entre el pensamiento transfeminista y algunos principios de la facilitación, como para indagar en su amplio territorio compartido. Pretendo identificar, desde una perspectiva de género, los aspectos más débiles que pienso que debemos reforzar en el ejercicio de la facilitación de grupos.

Quiero puntualizar que las impresiones, reflexiones y conclusiones que comparto en las siguientes hojas son totalmente subjetivas y personales. Son opiniones a las que he llegado fruto de la interacción con personas con las que me he formado, he militado políticamente o simplemente he convivido. No pretendo en ningún momento hablar aquí en nombre del transfeminismo, sino aportar una mirada más dentro de un amplio movimiento; tampoco me gustaría que mis conclusiones se interpretaran como verdades absolutas. Simplemente, la intención es compartir mi punto de vista para abrir un debate que considero urgente y necesario dentro del mundo de la facilitación.

Antes de entrar en materia, me gustaría precisar que he escrito este trabajo usando principalmente el plural femenino (todas) ya que es desde el sujeto que me siento más cómoda hablando; aun así, he intercalado el masculino y neutro en alguna ocasión para que todos y todes también sean y se sientan parte.

ÍNDICE

1. ¿Qué es el transfeminismo?	Pág. 4
2. Desencuentros entre la facilitación y el transfeminismo	
2.1. Yo vs nosotras: el sujeto des del que hablamos	Pág. 8
2.2. Sobre las diferentes estrategias para el cambio	Pág. 10
3. Facilitar con una perspectiva transfeminista	Pág. 12
3.1. Hacia una diversidad sin barreras	Pág. 13
3.2. Traspasar el binarismo hombre/mujer	
Consciencia de privilegios <i>cis</i>	Pág. 14
3.3. Desvictimizar los perfiles más vulnerabilizados	Pág. 17
3.4. Visibilizar el patriarcado y su impacto	Pág. 18
4. Bibliografía	Pág. 20

1 ¿QUÉ ES EL TRANSFEMINISMO?

Venimos del feminismo radical, somos las bolleras, las putas, lxs trans, las inmigrantes, las negras, las heterodisidentes... somos la rabia de la revolución feminista, y queremos enseñar los dientes; salir de los despachos del género y de las políticas correctas, y que nuestro deseo nos guíe siendo políticamente incorrectas, molestando, repensando y resignificando nuestras mutaciones. Ya no nos vale con ser sólo mujeres. El sujeto político del feminismo "mujeres" se nos ha quedado pequeño, es excluyente por sí mismo, se deja fuera a las bolleras, a lxs trans, a las putas, a las del velo, a las que ganan poco y no van a la uni, a las que gritan, a las sin papeles, a la marikas...

Dinamitemos el binomio género y sexo como práctica política. Sigamos el camino que empezamos, "no se nace mujer, se llega a serlo", continuemos desenmascarando las estructuras de poder, la división y jerarquización. Si no aprendemos que la diferencia hombre/mujer es una producción cultural, al igual que lo es la estructura jerárquica que nos oprime, reforzaremos la estructura que nos tiraniza: las fronteras hombre/mujer. Todas las personas producimos género, produzcamos libertad. Argumentemos con infinitos géneros...

Llamamos a la reinención desde el deseo, a la lucha con nuestros cuerpos ante cualquier régimen totalitario. ¡Nuestros cuerpos son nuestros!, al igual que lo son sus límites, mutaciones, colores, y transacciones. No necesitamos protección sobre las decisiones que tomamos en nuestros cuerpos, transmutamos de género, somos lo que nos apetece, travestis, bollos, superfem, buch, putas, trans, llevamos velo y hablamos wolof; somos red: manada furiosa.

Llamamos a la insurrección, a la ocupación de las calles, a los blogs, a la desobediencia, a no pedir permiso, a generar alianzas y estructuras propias: no nos defendamos, ¡hagamos que nos teman!

Somos una realidad, operamos en diferentes ciudades y contextos, estamos conectadx, tenemos objetivos comunes y ya no nos calláis. El feminismo será transfronterizo, transformador, transgénero o no será, el feminismo será TransFeminista o no será...

Manifiesto para la insurrección transfeminista

Aunque seguramente dentro del tejido asociativo de la península todavía existan hoy algunas formas de feminismo blanco, de clase media y binarista, considero que,

sobretudo en esta última década, los feminismos de los movimientos sociales han introducido nuevos elementos en su discurso teórico y en su práctica, radicalizándose en cierta medida. Para empezar, la mujer blanca ha dejado de ser el sujeto del feminismo y en su lugar encontramos un gran abanico de cuerpos identificados con géneros diversos, asociados mediante múltiples combinaciones a otro abanico de deseos sexuales (que también incluye la asexualidad como opción).

A principios de los años noventa, en unas jornadas feministas de ámbito estatal celebradas en Madrid, participaron las trabajadoras del sexo y las mujeres transexuales. Desde ese momento, un sector del feminismo nos sentimos interrogadas por esas realidades, siendo conscientes de que los esquemas teóricos con los que nos habíamos movido hasta entonces tenían fuertes limitaciones para apoyar de manera consecuente a las personas trans o a las trabajadoras del sexo.*

Las personas trans nos hicieron replantearnos el sistema sexo/género. Un esquema teórico que tuvo una gran aceptación dentro del feminismo y que había servido de punto de partida para la elaboración de prácticamente todas las teorías feministas existentes en esos momentos en nuestro país. Unas teorizaciones que adolecían de estar profundamente impregnadas de la dicotomía naturaleza/cultura imperante en los discursos dominantes: así, el sexo sería lo biológico, natural e incuestionable, mientras que el género sería lo construido culturalmente. Obviamente este esquema tenía que ser revisado al calor de la realidad trans, obligándonos a preguntarnos qué es eso de ser mujer u hombre y a revisar el porqué de esa dicotomía que en parte, nunca habíamos cuestionado.

Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos. Miriam Solà

Integrar en el discurso la reivindicación de un amparo legal y de una mejora de las condiciones de trabajo de las prostitutas representó una apertura de miras dentro del movimiento feminista. Se consolidó una fuerte crítica a las posturas abolicionistas que veían a todas las prostitutas como víctimas indefensas a las que reeducar o, peor todavía, como sus enemigas o traidoras del movimiento feminista. Se produjo una

*: Las personas *trans* son aquellas que no se identifican con su sexo biológico y las personas *cis* aquellas que sí.

reapropiación del término puta desde el orgullo y desde la recuperación individual de la sexualidad, desde la autonomía para decidir cada una cómo utilizar su cuerpo.

Considero muy significativo este cambio dentro del feminismo ya que trasciende el papel de víctima que el pensamiento hegemónico dictamina, a través del empoderamiento personal y colectivo; se incorpora un discurso en que mujeres, bolleras, trans y demás identidades conectan con su poder, se fortalecen tomando consciencia de su fuerza física y de su potencia individual y colectiva para hacer frente a las situación de vulnerabilidad en que se vayan a encontrar. Con eso, son muchos los años de trayectoria de colectivos de autodefensa feminista con los que se han aprendido, física y psicológicamente, mecanismos para hacernos respetar y responder ante cualquier tipo de agresión, desde una misma o en manada.

La política institucional ante la violencia machista, además de poner el foco en la “protección” de la víctimas y no en el trabajo pertinente a realizar con los potenciales agresores, ha reforzado el sujeto mujer como el único perfil de víctima, invisibilizando a los múltiples perfiles que también reciben el impacto del sexismo.

Es necesario ampliar el concepto de violencia sexista ya que nos enfrentamos a muchas formas distintas de represión que, incluso, a veces son contradictorias.

(...) No negamos la violencia que la familia heterocentrada produce, es más, la entendemos como un enclave básico en la creación de poder del patriarcado, de ahí su extremismo. Ahora bien, urge conectarla con otras formas o herramientas que normativizan y vulneran a otros cuerpos como el de las bolleras, el del transexual, el de las trabajadoras sexuales, el del indígena o racializado, el del diverso funcional, el del marica...

Medeak. Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos

Para terminar, sólo queda remarcar que, dentro del transfeminismo, se ha hecho muy presente un discurso de clase, decolonialista y transfonterizo, que habla desde los márgenes de ese heteropatriarcado tan excluyente y desde las esferas más perjudicadas del capitalismo.

Las luchas transfeministas se desprenden de los modos patriarcales y heteronormativos y se posicionan como antirracistas, anticapitalistas y de-

coloniales. Dicho de otra manera, las políticas transfeministas no pretenden gestionar identidades políticas estáticas, sino que insisten en posiciones autocríticas dentro del propio movimiento y abiertas a otros procesos: cuerpos otros, epistemes otras, sexualidades otras...

Las identidades migrantes transfeministas proponen reflexionar colectivamente sobre cómo construir relaciones horizontales entre migrantes y nativos y evitar que se reproduzcan relaciones jerarquizadas de poder/saber.

Migrantes trasgresorxs. Leticia Rojas & Alex Aguirre

2. DESENCUENTROS ENTRE FACILITACIÓN Y TRANSFEMINISMO

2.1. Yo vs nosotras: el sujeto des del que hablamos

Me imagino el transfeminismo como una masa multicolor, como un magma amorfo que avanza y vence aquello que encuentra, con fuerza. Nos identificamos individualmente como feministas y a la vez nos sentimos parte del cuerpo colectivo cambiante y multiforme que conforma el feminismo.

Por “cuerpo político” me refiero a un conjunto articulado de representaciones, imágenes, ideas, actitudes, técnicas y conductas encarnadas, una configuración corporal determinada promovida consciente o inconscientemente desde un movimiento social, en nuestro caso el feminismo, que se concreta a nivel individual y colectivo. Un cuerpo político, como señalaba anteriormente, comporta formas concretas de entender la persona, el género y las relaciones sociales, y de mirar, conocer e interactuar con el mundo, que suponen a su vez maneras (al menos intentos) de resistir, contestar y/o modificar la realidad.

Mari Luz Esteban. Cuerpos y políticas feministas

En la mayoría de textos feministas se habla desde un sujeto plural, como en la mayoría de textos reivindicativos en los que se refuerza el poder de la unión y, desde ahí, se hace una invitación a sumarse a la lucha colectiva. La creencia de que la unión hace la fuerza ha sido un principio fundamental para el empoderamiento colectivo y el motor de grandes cambios a lo largo de la historia y, todavía hoy, lo sigue siendo. Por un lado, hay un factor puramente estratégico, en el que se busca enderrocarse el pez grande (llámese patronal, patriarcado, capitalismo, etc) juntando todos los pececitos pequeños hasta constituir una potencia igual o mayor. Esa construcción de un cuerpo colectivo es el que también nos proporciona un sentimiento de pertenencia a algo que va más allá de nosotras mismas. Nos confiere una identidad grupal que traspasa la nuestra propia y que puede llevar a pensarnos desde un sujeto *nosotras* comunitario antes que desde el sujeto *yo* que tan interiorizado y automatizado tenemos. Considero fundamental que, ante el bombardeo de mensajes pro individualismo, consumismo y productismo al que estamos expuestas, existan algunos polos desde los cuales se promueva una visión más comunitaria y plural de nuestro día a día.

En el mundo de la facilitación podemos encontrar, tanto lógicas de trabajo que ponen el foco en el cuerpo colectivo, como líneas que indagan más en los procesos intrapersonales desencadenados por la acción de un grupo, focalizando más en cada uno de sus miembros. Sería algo así como poner la mirada en el yo o en el todo, entendiendo que ambas coexisten pero que una puede prevalecer sobre la otra.

Entre las dinámicas, técnicas y líneas de trabajo que refuerzan la identidad de grupo y que se mantienen en un plano colectivo pueden estar, por ejemplo, las dinámicas para trabajar la visión común, en las que se definen los fundamentos o valores sobre los cuales se sustenta el grupo. En ellas, a través de la concreción del cuerpo colectivo, se refuerza el alineamiento de los miembros del grupo con lo común y con el propósito colectivo. Ante un conflicto dado, se trabajará desde una perspectiva en la que se cuestione cómo afecta ese conflicto y qué papel asumirá el grupo. Es decir, revisando los acuerdos y analizando los límites que pueda tener el grupo, se planteará en qué medida y de qué manera puede sostener el conflicto en cuestión, ya sea intrapersonal, interpersonal o grupal. Esto es, el mismo grupo decidirá de qué quiere o puede hacerse cargo, para poder seguir también con su propósito; al fin y al cabo, es definir qué se gestiona desde lo colectivo y qué no.

Por otro lado, encontramos otras corrientes que refuerzan más un sujeto individual. La comunicación no violenta, por ejemplo, se fundamenta en trabajar sobre situaciones concretas que han causado un conflicto e invita a que cada cual hable de cómo percibe, e interpreta cada vivencia desde su propio yo.

Desde trabajo de procesos, se trabaja desde las dos ópticas. Por un lado, se conduce el proceso desde lo que está vivo en el campo grupal, estando muy atentas a lo que pasa en el grupo en su totalidad, cazando las señales que el cuerpo colectivo nos da a través de sus diferentes canales. Los miembros individuales son roles o voces mediante las cuales el grupo se expresa. Se trabaja, pues, con el grupo como un todo global pero, al mismo tiempo, se va a buscar qué se está moviendo en el plano de lo individual. Por ejemplo, cuando facilitamos un FOP es importante que, al identificar una polarización, acompañemos a cada uno de los lados a expresarse desde el nivel de los sueños; partiendo de un todo colectivo, focalizaremos un conflicto concreto y a menudo nos meteremos en el terreno de lo personal de cada una para facilitar el reconocimiento y acercamiento de las dos partes; de alguna manera, iremos desgranando lo que pasa en el grupo, yendo cada vez más a lo concreto e individual, para repercutir finalmente de manera global.

2.2. Sobre las diferentes estrategias para el cambio

El triángulo de poder del que habla Mindell da lugar a un complejo juego de interpretaciones. La idea principal es que, toda persona, acabará ocupará ocupando todos los roles (víctima, agresor y salvador), en función de su entorno, de su estado físico-psicológico, etc. Es decir, alguien que ha sido víctima de un abuso* de poder, a causa de la rabia y sus deseos de venganza acumulados, responderá atacando y entonces se convertirá en agresor o *terrorista* con mucho poder.

Me parece que existe una incompatibilidad entre esta interpretación del poder y el discurso transfeminista basado en la erradicación del patriarcado como estructura permanente de poder. A mi entender, dentro del triángulo de poder, el feminismo colocaría a las mujeres, bolleras y trans en el rol de víctima; el agresor sería el patriarcado o, personalizando más, sería mayoritariamente un perfil de hombre *cis* y heterosexual, alguien con privilegios sociales que ha reproducido abusos sexistas contra personas que tienen menos poder. Si pretendemos rotar estos roles del triángulo, sin lugar a duda, aparecerá un gran límite por parte del feminismo para colocar el agresor en el rol de víctima; situar las víctimas como posibles agresoras, en cambio, puede que no cueste tanto.

Puesto que los terroristas no suelen ser conscientes del daño que causan, acusarles por ello no sirve de gran ayuda. De hecho, esperar de ellos que comprendan el dolor de otros todavía hará más difícil el problema, pues una comprensión así sólo puede existir entre grupos con el mismo poder social. Para los terroristas el dolor de los demás siempre será algo insensible, exagerado, racista o sexista. Desde su punto de vista, sentir y comprender el dolor de otras personas es un lujo que no pueden abordar.

(...) Algunas veces es útil pedir a las personas de la mayoría que piensen en sus problemas personales y que a ellos les añadan los que tiene la gente que es socialmente rechazada o que pertenece a grupos minoritarios.

Arnold Mindell. Sentados en el fuego

*El autor define el abuso como el uso injusto del poder físico, psicológico o social contra otras personas que son incapaces de defenderse por sí mismas, simplemente porque ellas no tienen tanto poder físico, psicológico o social.

Mindell propone identificar los deseos de venganza que acumulan las víctimas y procesarlos antes de que convertirse en terroristas; se trata de quemar nuestra leña, sanando las heridas causadas por abusos vividos; dicho de otro modo, neutralizar nuestro enfado. La violencia, en ningún caso será un recurso al que recurrir, sinó una especie de mal a combatir individual, colectiva y globalmente.

El transfeminismo, por su parte, toma la rabia y el enfado como el motor de la acción, lo que da la fuerza para tomar una actitud combativa y subvertir el orden estático del patriarcado. “*No hay agresión sin respuesta!*” se grita, entendiendo que sólo mediante respuestas contundentes lograremos destestabilizar la estructura que nos oprime, sin descartar el uso de la violencia. Con todo esto, se podría entrar en debates eternos sobre violencia sí o violencia no, pero ese no es el propósito de este trabajo. Para concluir, sólo quiero constatar que existen diferencias importantes a la hora de dibujar las estrategias que, unas y otras, pensamos que nos llevarán hacia una sociedad más horizontal.

3. FACILITAR CON PERSPECTIVA TRANSFEMINISTA

Tal y como hemos visto en el primer capítulo, el feminismo de la izquierda radical ha transformado considerablemente su discurso en esta última década, incorporando una fuerte crítica al binarismo hombre/mujer y visibilizando la multiplicidad de identidades género y deseos sexuales, hasta el punto de transmutar en su propio nombre. Aunque en los movimientos sociales sigan escaseando transexuales, putas, mujeres de la limpieza o migrantes sin papeles, me parece que, por lo menos en los espacios (trans)feministas actualmente hay más diversidad de perfiles comparado con una década atrás. A través del aprendizaje colectivo, se han ido incorporando progresivamente nuevos patrones y formas de relacionarnos ya que la apertura y radicalización del discurso feminista nos obliga a repensarnos y recolocarnos continuamente; de alguna manera, nos invita a salir de nuestro cómodo centro y nos hace un poco más capaces para empatizar y adaptarnos a las necesidades de todos. Por ejemplo, hablar en neutro, femenino o masculino según elija la persona interlocutora, es una dinámica en cierto punto asimilada en entornos transfeministas hoy en día.

De hecho, la sociedad a nivel global también se está transformando a ritmo acelerado por lo que a identidades de género se refiere. A pesar del estigma y la marginación cruel, las personas *trans* que se salen de la norma binarista y heterosexual han conseguido, a base de lucharlo, hacerse un hueco cada vez mayor en el ecosistema social actual.

Ante todo este proceso de cambio, me parece imprescindible que las personas facilitadoras tomemos parte y nos pongamos las gafas del transgénero. Acompañar a personas y grupos con identidades sexuales minoritarias desde el cuidado implica, en primer lugar, hacer una revisión personal interna en la que nos recuestionemos a nosotras mismas desde una perspectiva de género: ¿Qué lugar ocupo yo dentro del patriarcado? ¿Quién me oprime y a quien oprimo? ¿Estoy dentro de la norma heterosexual y binarista? ¿Qué prejuicios tengo sobre las personas con identidad sexual *cis* o *trans*? El recuestionamiento es nuestro gran aliado y, por eso, recurriremos sistemáticamente a él antes y después de toda intervención en un grupo. Para todo ello, estoy convencida de que el pensamiento transfeminista nos puede aportar mucho saber, herramientas y recursos que nos guíen y apoyen en nuestro proceso.

“ Pero como personas neutras que debemos ser cuando facilitamos no podemos posicionarnos ya de antemano como transfeministas, no? ”

Desde que pensé en este tema para el trabajo he tenido dentro la duda abierta de si tiene sentido hablar de facilitar con una perspectiva ya orientada hacia algún lugar, en este caso, desde un posicionamiento transfeminista. Dudaba de si establecer unos principios transfeministas como punto de partida podría confrontar esa idea de neutralidad a la cual se supone que toda persona facilitadora debe de aspirar cuando acompaña un grupo; me cuestionaba si no arriesgaba, como facilitadora, manipular al grupo.

Finalmente, llegué a la conclusión de que cuando facilitamos siempre actuamos en base a unos valores determinados previamente, ya sea de manera consciente o inconsciente*; nos guiamos por las bases éticas de nuestra acción facilitadora. Así pues, facilitar con perspectiva transfeminista implicaría incluir una mirada transfeminista dentro de estas bases. En los siguientes subcapítulos indago sobre en qué consistiría todo ello, analizando uno a uno, los aspectos que en mi opinión deberíamos tener en cuenta a la hora de facilitar.

3.1. Hacia una diversidad sin barreras

Propongo realizar, como personas facilitadoras, un trabajo autoreflexivo de deconstrucción, que nos permita salir de la lógica en la que se invita a participar a esas “otras” realidades (transexuales, putas, inmigrantes sin papeles, etc), desde un “nosotras” totalitario en el que realmente no estamos todes. Me he encontrado con esta barrera individual constantemente al escribir este trabajo, hablando automáticamente desde un plural *cis*, situándome en la masa hegemónica que quiere integrar “lo diverso”. Empezando por mi, me parece fundamental que nos capacitemos para superar estos dique y emprendamos un proceso de descodificación en el que desmontemos ese mecanismo de pensamiento etiquetador que a menudo nos hace coger el papel de salvadoras o superenrolladas integradoras y que no deja de reforzar, una vez más, el

*Digo “de manera consciente o inconsciente, porque yo misma me he dado cuenta entre todas estas reflexiones que nunca he establecido formalmente las bases éticas sobre las que quiero facilitar. Sin duda, considero muy necesario este trabajo de concretización para que haya coherencia entre lo que pensamos, lo que hacemos y lo que decimos.

estigma de las minorías. Se trataría de tener como horizonte un sistema integrado, multiforme y multicolor en el que todes formemos parte de “lo diverso”.

3.2. Traspasar el pensamiento binario hombre/mujer. Consciencia de privilegios cis*

Tengo que decir que, actualmente y comparado con hace unos años, tengo más consciencia de mis privilegios de mujer cis: tener órganos sexuales femeninos y sentirme mujer; no tener un conflicto interno cada vez que me viene la regla; sentirme cómoda cada vez que se dirigen a mí en femenino; no tener un dilema cada vez que voy a un baño público; estar escribiendo este trabajo sin que se me remuevan las tripas; serme relativamente fácil encajar con la heteronorma.

A pesar de identificar más fácilmente estos privilegios, todavía estoy en proceso de asimilarlos e integrarlos completamente para tomar sistemáticamente una actitud consecuente. Me acuerdo de una ocasión en unos encuentros de okupación rural en los que hice un llamamiento en alto para que “las mujeres” que quisiéramos, nos juntásemos en un círculo no mixto para hablar de cómo nos sentíamos con las dinámicas de género que se estaban dando en los encuentros. Unos minutos más tarde, recapitulando, me di cuenta que mientras lanzaba una propuesta a las “mujeres desprivilegiadas” para hacer frente a una situación de desigualdad para mí injusta, había ignorado a las diversas personas *trans* presentes que no respondían al unísono de *mujer*. Con todo esto, quiero remarcar la facilidad con la que constantemente se siguen reproduciendo abusos de poder hacia personas *trans*, incluso en entornos en los que puede haber cierta consciencia transfeminista y un trabajo de reconocimiento de privilegios ya iniciado. Cuando este episodio sucedió, inmediatamente me enfadé conmigo misma por lo ocurrido y, posteriormente, me asusté. Por un lado, conecté con esta dificultad de reconocer un privilegio propio ante las demás y, también, con el miedo de poder protagonizar situaciones de abusos, de seguir haciendo daño sin darme cuenta. Pedí disculpa a una de las personas *trans* que había presentes, asumiendo el impacto producido por mi comentario y escuchando cómo había vivido él lo sucedido. Posteriormente, me vino el enfado y la tristeza al pensar que mi proceso interno de cambio y aprendizaje pasaría por reproducir situaciones incómodas para algunxs compañerxs. Quiero pensar que es posible capacitarnos colectivamente en la prevención de abusos de rango, crear espacios seguros para todes sin tener que aprender a base de palos.

Prevenir abusos de rango

Si nos identificamos con el transfeminismo y el cuidado de nuestras compas, debemos tomar consciencia de manera casi sistemática de qué rango social y estructural tenemos allí donde nos encontremos para identificar cuándo tenemos rango alto y evitar más fácilmente posibles abusos inconscientes de poder. Para ello, podemos observarnos respecto a las demás teniendo en cuenta la clase social, la procedencia, la identidad y orientación sexual, la condición física y el aspecto físico, entre otros aspectos. Con esa información podremos, por un lado, adaptar más fácilmente nuestra actitud, lenguaje y comportamiento a quien tenemos enfrente y, por el otro, podremos protegernos ante alguien que veamos que no tiene esa consciencia.

Este test de rango inmediato, *in situ*, en realidad ya lo hacemos mentalmente de manera inconsciente cuando tenemos un rango más bajo que el de las personas de nuestro entorno, lo cual nos lleva a buscar estrategias para poder participar en lo que está sucediendo. En cambio, cuando estamos más arriba en la escala de rango, cuando ya tenemos nuestra butaca asegurada en la sesión, es mucho más difícil que se produzca por sí sola esa autoconsciencia de rango a no ser que tengamos una intención previa que permita activarla.

Desde una perspectiva social, las situaciones de abuso individual se dan por el tipo de relaciones que la familia y la cultura nos permiten. A menudo no se tiene consciencia de lo que está sucediendo, no se enciende ninguna luz roja que detenga el daño. Si tuviéramos una luz roja que dijera: “ten cuidado, esto hace daño”, tendríamos también una luz verde que diría: “ahora es el momento de que despertemos y nos demos cuenta del dolor, la rabia y el poder”. Trabajando en nuestros propios abusos, interna y externamente, damos luz a una nueva fase de la historia, en la que entre todos creamos la cultura, esta vez juntos y con una mayor consciencia.

Sentados en el fuego. Arnold Mindell

Si nos centramos en la cuestión de identidades sexuales, en la gran mayoría de espacios, a las personas *cis* se les otorga sistemáticamente un rango social mayor que a las personas *trans* ya que se aplica el criterio heteronormativo casi siempre presente. De lo contrario, en los casos puntuales en que se encuentren mayoritariamente personas *trans*, una persona *cis* tendrá un rango inferior ya que no dispondrá del aspecto significativo compartido por la mayoría. Desde

esta posición de rango bajo se notará más rápidamente esta diferencia ya que se percibirá desde el margen.

Volvamos, pero, a la cuestión que nos incumbe, a las situaciones habituales en las que una mayoría *cis* predomina frente una minoría *trans* con rango social inferior.

En primer lugar, no podemos estar hablando de cómo prevenir abusos de poder si no asumimos previamente que todas las personas *cis* somos susceptibles de protagonizar abusos de rango por lo que al transgénero respecta. Si aparecen resistencias para ello, podemos tratar de identificar los límites y miedos a los que nos confronta vernos como agresoras y profundizar en ellos con el debido acompañamiento para poder empezar a liberarlos.

Por otro lado, es necesario preocuparnos de saber qué necesidades tienen las personas *trans* con las que compartimos espacios para sentirse cómodas y, sin tener que entenderlas ni reconocer como propias, poder acoplarnos a ellas.

La falta de empatía que a menudo muestran las personas *cis* hacia los procesos vitales que viven las personas *trans* puede ser el desencadenante de un abuso de rango. Considero que sólo podemos traspasar esa barrera empática si somos capaces de despegarnos, tanto del pensamiento binarista hegemónico, como de la lógica individual de cada una. Consistiría en explorar lo desconocido con una actitud de apertura de cuerpo y mente, a través de la escucha activa continua.

En casos de abuso de rango

Una vez se ha sido responsable de un abuso de rango relacionado con la identidad de género, dependiendo del trabajo interno previo que se haya realizado para reconocernos como agresoras, nos costará más o menos aceptarlo. Si hemos hecho ese trabajo, podremos acoger más fácilmente el hecho de que hayamos dicho o hecho algo que haya perjudicado a otra persona y, consecuentemente, tendremos la cabeza más libre para disculparnos de manera efectiva. En todo caso, es imprescindible que no juzguemos si es suficientemente grave lo sucedido o no desde nuestra posición de rango alto, ya que esto puede reforzar el abuso.

Me parece importante también hablar del sentimiento de culpa que tan a menudo nos invade y que en general nos paraliza después de protagonizar un abuso. Jokin Azpiazu nos habla en su libro *Masculinidades y feminismo* sobre la necesidad de traspasar la culpa para llegar a la toma

de responsabilidades en lo sucedido:

La culpabilidad puede acompañarte durante toda la vida, lo cual no significa que vayas a cambiar nada. Desde posiciones más emancipadoras, la noción de responsabilidad nos ha servido para señalar una forma de adscripción al otro y a la otra, a la comunidad, al grupo. Somos responsables de nuestra situación y de la de los demás, y de provocar cambios en la misma. La responsabilidad, decimos, hace que nos movamos. La culpa nos paraliza.

3.3. Visibilizar el patriarcado y su impacto

Los discursos feministas nos recuerdan todo el tiempo que si existe la situación de desigualdad de género actual es porque hay una estructura de poder permanente llamada patriarcado que la ha provocado y que la sigue reproduciendo. El transfeminismo, además, contiene una fuerte crítica al capitalismo, que estratifica la sociedad y castiga los perfiles que se salen de la heteronorma mediante la precarización de sus vidas (transexuales, bolleras, mujeres migrantes, trabajadoras sexuales...).

Me han llegado críticas de que la facilitación reduce los conflictos a lo interpersonal o individual y que, de esta forma, quedan invisibilizadas las estructuras de poder dominantes que son potenciales causantes de los mismos o, en todo caso, agravantes.

Comparto en parte esta opinión ya que, en más de un proceso grupal facilitado me ha faltado que la estructura socio-política en la cual vivimos, estuviera más presente. Sin embargo, veo y comprendo la utilidad de hablar desde el yo. En la gestión facilitada de un conflicto, ayuda mucho que se formule una crítica clara y concisa hacia alguien, y que se base en situaciones concretas. De esta forma, la otra parte reconocerá más fácilmente de lo que se está hablando y podrá, posteriormente, defenderse o responsabilizarse de ello. Digo esto porque, a menudo, cuando acusamos a grandes fantasmas como el capitalismo, el patriarcado, la patronal o demás de lo que nos pasa, la crítica es un tanto abstracta, despersonalizada y difusa. Así pues, es necesario que como facilitadoras hagamos bajar este capitalismo, ese patriarcado y esa patronal a los cuerpos presentes, que identifiquemos la parte que hay de todos ellos dentro nuestro y que, desde ahí, invitemos a que todo el mundo asuma su parte.

Ante un conflicto de género, facilitar con una visión transfeminista, pues, consistiría en traer al campo las estructura de poder permanentes dentro de las cuales nos encontramos, emmarcar claramente que no es ni por casualidad ni por azar que estamos con esto, sino porque existe un orden mayor de las cosas, desequilibrado, que abre estos procesos. Trabajando en un foro orientado a procesos, puede ser interesante traer al campo la voz del patriarcado como rol fantasma, para ver qué parte de él reconocen dentro suyo las personas participantes. Es importante evitar quedarnos anclados en el plano de lo abstracto y hablar desde cómo están los cuerpos presentes con lo que está pasando; interesa ir a las vivencias concretas en las que, unos y otras, podrán más fácilmente coger su parte de responsabilidad.

Para comprender la rabia es necesario recordar la historia.

Arnold Mindell

3.4. Desvictimización de las esferas más vulnerabilizadas

Las prostitutas han sido tratadas, durante largos años, bien como personas sin valores morales ni pudor dispuestas a vender su atractivo o bien como pobres mujeres indefensas atrapadas en redes de abuso sin salida.

Aunque sería inapropiado negar que existe una parte de trabajadoras sexuales que ejercen de manera forzada dada su situación de extrema precariedad, hay también todo un sector invisibilizado de putas autoafirmadas como profesionales que lo viven con orgullo.

La victimización no es una buena estrategia para nadie y mucho menos para encarar la transformación social. (...)Las trabajadoras del sexo nos han enseñado cómo dar la vuelta a situaciones de subordinación con las que pueden encontrarse en su trabajo. Y esto depende, en gran medida, de las condiciones subjetivas (autoafirmación, seguridad en sí mismas, profesionalidad...) y objetivas en las que se mueven.

Cristina Garaizabal. Feminismos, sexualidades, trabajo sexual.

Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos.

Por un lado, son categorizadas públicamente como víctimas del sistema, lo cual les quita en parte su poder de autonomía y respuesta; por otro lado, trabajan en unos niveles de

precariedad material y desempleo legal que las hace susceptibles a denuncias, abusos policiales o maltratos sexistas. Así pues, es evidente que las prostitutas no son un sector vulnerable de por sí, sino más bien un sector que ha sido vulnerabilizado y que se sigue manteniendo así con el refuerzo del estigma social.

El estado, a través de sus leyes y de instituciones como el colegio, produce una feminidad definida desde la víctima, expropiada de la posibilidad de defenderse, esencializada como objeto y potencial víctima de todo cuerpo definido como hombre más allá de los poderes policiales y militares. Para que las instituciones estatales hagan algo por ellas, primeramente, las mujeres que se enfrentan a situaciones violentas deben entenderse a sí mismas como víctimas; pero, además, deben cumplir ciertas características: ser “mujeres buenas”, esposas, parejas. No pueden beber ni drogarse, ni ser trans, ni ser trabajadoras sexuales. Ya que si algo les sucediera en estas circunstancias nunca serían objeto de la ley ni de los servicios que la propia norma activa.

Medeak. Violencia y transfeminismo. Una mirada situada. Transfeminismos.

Epistemes, fricciones y flujos.

Desde el transfeminismo, se rechaza esa posición de víctima que desempodera y que viene impuesta por el pensamiento patriarcal hegemónico. De hecho, los colectivos de autodefensa feminista llevan décadas trabajando colectivamente para trascender este papel de víctima a través del empoderamiento a nivel físico y psicológico.

Me parece imprescindible que, como facilitadoras, hagamos un trabajo interno en el que, siendo sinceras con nosotras mismas, analicemos qué estigmas sociales nos creemos en parte. Eso, nos permitirá ponernos en alerta a la hora de facilitar a ciertos grupos, nos hará conscientes de que existe el riesgo de que reforcemos inconscientemente estos estigmas.. Por ejemplo, si inconscientemente pensamos que una trabajadora sexual es una víctima, cuando facilitemos es probable que tomemos actitudes paternalistas o condescendientes con ella.

En último lugar, es necesario que revisemos nuestro sistema de creencias respecto a la victimización sistemática de las esferas marginales de la sociedad, para desactivar el pensamiento automático hegemónico y activar nuevas formas de entender el mundo.

4. BIBLIOGRAFIA

Solá Miriam, Urko Elena: «Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos», Ed. Txalaparta, Tafalla 2014.

Azpiazu Carballo, Jokin: «Masculinidades y feminismo», Virus Editorial, Barcelona 2017

Esteban, Mari Luz: “Cuerpos”. Texto.

Wittig, Monique: «El pensamiento heterosexual y otros ensayos», Ed. Egales, Barcelona 2010.

Mindell, Arnold: «Sentados en el fuego», DdeXpresiones de democracia profunda, Barcelona 2017.